

Dos Cuentos

Por Alvaro Tous Salgado

NACE UNA ESTRELLA

“Las estrellas son las almas de las madres”.

Luis no podía entender. Su infantil cerebro no acertaba a captar, en toda su cruda realidad, el hecho que intuía su corazón como un dolor aplastante. Al llegar de la escuela rural, saltando como siempre las quebradas y entreteniéndose con las cosas pequeñas del camino (los pájaros, la mariposa, el gusano, la flor...) había encontrado a todos los vecinos en su casa. Y su madre... su madre no había salido como todos los días a recibir el beso acostumbrado.

Casi no se le veía debajo de las flores amontonadas en el estrecho y rústico ataud.

El padre de Luis se le acercó: rostro de cantera, ojos enrojecidos, la mano callosa, y la voz como un arroyo triste:

—Luis, ... Ella se ha ido. El Señor nos la dió... Y ahora... Ahora sólo nos queda rezar las oraciones que ella misma nos enseñó.

Era el discurso fúnebre, sencillo como el alma de la muerta, y pronunciado con la voz tan quebrada como un espejo que cae al suelo. Palabras sencillas como la tierra, pero ricas como ella.

La mano endurecida por el azadón y la pala, se había apoyado en el hombro de Luis, como queriendo infundirle valor; pero en realidad, buscando ese valor en el cuerpo de ocho años.

Luis lloró. Intuía lo que las palabras de su padre significaban, pero no acertaba a comprender la absurda tragedia. Si era buena, por qué tenía que morir?... Si sus palabras eran de miel, si tenía el alma tan pura como el ara de la iglesita, si era el aliento del padre y la razón del hijo... Por qué... Por qué?...

Luis no concebiría nunca la mañana, sin que ésta se reflejara en los ojos tristes y un poco cansados de la madre. Y sin su voz!... Su voz:

NOTA: Estos dos cuentos obtuvieron el primero y segundo puesto en un concurso abierto recientemente en la Facultad de Derecho de la U.P.B.

—Luis, levántate, debes ir a la escuela...

—Apura Luis, son casi las seis!

—Ya voy... Mamá...

Mamá... Quedaba de ella, sólo esa palabra. Ya sin justificación, vacía de un objeto concreto que sirviera de sustrato.

—Luis!... A dónde vas?...

Sin contestar las preguntas de sus compañeros, Luis se separa de ellos, y camina. Camina mucho.

La noche empieza a caer como una lluvia negra. Luis camina. Tiene en sus ojos un océano de llanto que necesita salir. Pero no hay prisa. Se puede ir despacio, dando patadas a las piedras, echando ramitas en el agua, cogiendo grillos, y hablando con uno mismo... o con una madre muerta.

De repente, la ausencia y su concepto concreto penetran en el alma y en el cerebro de Luis. Y se rompen los diques del llanto, y se abren las puertas de la desesperación. La noche contempla contristada el grito de un llamado arriba de las cimas del Misterio. Los pájaros dejan de cantar. Hasta las flores se tornan más discretas en su perfume. La luna aparta a manotazos, las nubes...

El tiempo se detiene. La arena se ha atrancado en el reloj milenar del viejo Cronos. Hay un niño llorando, hay una madre muerta, y esto es suficiente para producir un trauma en la legislación eterna de las leyes inescrutables.

Luis levanta la cara del suelo enriquecido de llanto, y mira al cielo. El paisaje está absorto. El cielo ausente de luna, de nubes, de luceros... Sólo una estrella. Y la estrella le mira. Y la estrella le sonríe. Y se adivina en ella, cierto contorno vago y difuso, que se va insinuando cada vez con mayor fuerza. Luis grita... grita!... Las cuatro letras todavía tienen razón de existir! Y el grito de "Mamá" cruza todos los ámbitos: Las cimas y las simas. Llanos, montes, oteros, lagos, cielo, tierra, espacio, universo...

Y la distancia que hay entre el corazón de un niño y el alma de una estrella.

EL GRANO

Rogelio lo notó al levantarse. Más aún, apenas al despertar sintió algo raro en la cara, y concretamente, en la nariz. Se llevó la mano al lugar, y tactó una forma regular como una canica, y dura como una canica. Fue al espejo, y lo conoció: Era un grano... Un barro! —Rogelio se dijo que a los veintisiete años ya no debían salir barro. La adolescencia quedaba atrás como un recuerdo asociado a la primera novia, a... los granos, a los cigarrillos escondidos, y al desenfrenado afán de reunir en una libretica el mayor número posible de direcciones y teléfonos de amigas. Adolescencia es concebir la cédula como un permiso para entrar a películas de Brigitte Bardot. No, definitivamente era un grano anacrónico.

Pero allí estaba el espejo; y en él aparecía el grano sin hacer caso de la lógica aplastante de Rogelio, que le negaba su posibilidad de existencia. Pero acaso la misma lógica no le niega, científicamente, la posibilidad de volar a las abejas? Si las abejas leyeran los libros en que se demuestra sin lugar a dudas que la desproporción entre el peso y las alas y otros detalles anatómicos las clasifican como inaptas para pe-ripecias icarísticas, no osarían desmentir tan descaradamente tantos siglos de civilización. Pero... las abejas no saben leer. Su capacidad de vuelo está, pues, condicionada a su analfabetismo.

Pero estas reflexiones que se hacía Rogelio, sólo demostraban la incongruencia; no la solucionaban. Las abejas seguían volando, y el grano seguía allí.

Nuestro héroe empezó a preocuparse. Por la noche debía asistir a un baile... Claro! Era el cumpleaños de Lucía. Y Lucía era su novia. Exactamente dos meses y ocho días antes, él le había propuesto (con franca cooperación ética) durante un paseo, que de esa fecha en adelante, hicieran juntos los programas. Y a los dos días de esa propuesta, Lucía (dueña de 1.59 de estatura, de 85 - 54 - 86 de medidas anatómicas, de 22 años de edad y de un Mercedes Benz), le había espetado: "Le dije a mamá que tú eras mi novio...".

Mientras Rogelio buscaba afanosamente algo que echarse en el grano, recordando empíricos emplastos (crema dental, jabón, mentol, etc.), sonrió al pensar que siempre reducía su novia a cifras: 1,59 - 85-54-86 - 22... Mentalmente añadió el número telefónico y lamentó no conocer el de la cédula y haber olvidado la matrícula del Mercedes.

Se bañó. Se vistió. Y salió a la farmacia, donde adquirió una crema que según el farmacéuta, lo libraría en pocas horas del odioso barro. Volvió a su apartamento y a su espejo. El grano adquiría gradualmente un tono rojizo, y... Cómo!... Estaba más grande!... Sí, no cabía duda. Había crecido y era ya un grave insulto contra la estética.

Lo cubrió de pomada, y con paciencia impaciente se dedicó a arreglar unos papeles y a esperar a que la triaca surtiera su efecto. Pero las punzadas del grano eran insistentes e impedían a Rogelio concentrarse en su tarea, haciéndole ir continuamente al espejo, desnudar de crema la irritada piel, observar nuevamente, y repetir el ungüento. La repetición de tal actividad adquiriría ya tintes de masoquismo. Y éste está más cerca de lo que creemos. Nos acostumbramos a verlo como una cosa lejana, ajena por completo a nosotros. Lo leemos a título de información en textos de medicina y siquiatria, hacemos chistes sobre masoquistas, y cuando nos duele una muela encajamos fuertemente las mandíbulas para sentir más dolor.

Rogelio se quedó toda la mañana encerrado en el apartamento. El barro era su obsesión. Estaba tan ocupado en echarse cremas cada cinco minutos, que olvidó llamar por teléfono a Lucía.

Cuatro horas más tarde, dos tubos de crema más tarde, dos paquetes de cigarrillos más tarde, el grano estaba cuatro horas, dos tubos de crema, y dos paquetes de cigarrillos, más grande y más rojo.

Cómo podía presentarse así a un baile?... Cómo permitir que Lucía lo viera así? Seguramente esa noche conocería a sus padres y a todas sus amigas. Recordó:

“Mari Loli me dijo que quería conocerte... Gloria se puso loca cuando le conté que tenía novio... Marta está curiosísima por conocerte...”.

Pero como iba él a permitir que le conocieran con ese maldito grano que le deformaba asesinamente la estética facial?... Se miró al espejo, críticamente. No era muy alto, pero su estatura la gerantizaba la imposibilidad de verse asediado por empresarios de circo ofreciéndole puestos de enano... Y sin un buen trabajo de maquillaje, no podría hacer el papel de monstruo en una película de horror. Decididamente, el problema era el grano. Si la primera impresión era fundamental, él no podía ni debía permitir que estuviese influenciada por un barro. Y un barro como éste!... Desesperado, intentó reventarlo. Nada. Lo pinchó con una aguja. Nada. El grano permanecía imperturbable a sus ataques; insensible a sus amenazas, a los ruegos, a la desesperación de su víctima. Al contrario, reaccionaba al belicismo de Rogelio, con una intensificación cromática.

Pensó en Lucía. Se imaginó a sí mismo bailando con ella, y tembló ante la posibilidad del cuchicheo de las amigas:

—Qué feo es!

—Lucía tiene mal gusto...

—Mírale la nariz!...

Y luego... Luego la cara que pondría doña Carola, la madre de Lucía, al verle portador de esa ignominia nasal! Se llevaría muy mala impresión. (“Y éste es el novio de mi hija?”).

Nooo!... Miró al espejo, y cerró los ojos enseguida. La crema, abusivamente aplicada, le había quemado la piel y la había ampollado y arrugado alrededor del barro. Rogelio se dijo que no debía perder la serenidad. Se dió unas palmaditas confortadoras en la espalda del alma, y ensayó con un esparadrapo. Por lo menos, así, el grano no se veía... Claro que el disimulo era relativo, pues el levantamiento del esparadrapo, denunciaba lo que encubría.

Pero... Ir con ese parche blanco y levantado en la nariz, era igual o peor que ir sin él. Lucía no iba a creer que trataba de disimular un grano. Pensaría en una reyerta callejera o en algo peor. Idem doña Carola, quien buscaría la primera oportunidad para decir a Lucía: —“No se deje meter cuentos, m’ija; esa fue alguna cortada que le dieron en algún sitio... ejem!... poco recomendable. Termine con ese hombre. Eso indica que le gusta el trago y la parranda. Y el alcohol es el peor enemigo del matrimonio. Qué puede esperarse de un hombre con un esparadrapo en la nariz!”...

Rogelio se aprieta las sienes y se devana los sesos, sin hallar la solución. Y dejar de ir?... Pretextar una indisposición?... No. Lucía no podría perdonar eso. Cuando se es novio de 1,59 - 85-54-86 - 22 - 473329, y se llevan 2 meses y 6 días de noviazgo, el novio no tiene derecho a sentirse indispuesto el día preciso del cumpleaños de la novia. No ir, era romper.

Rogelio recordó que tenía dos botellas de un ron cubano, en el barcito. Descorchó una, y paladió un trago. Sí, le había caído bien. Decidió que media botella le caería media botella mejor.

Y mientras la botella disminuía su contenido, la presunta triaca se prorrogaba. Pero a lo menos, iba produciendo en Rogelio el olvido de su grano. Cuando la botella quedó vacía, Rogelio no se acordaba de su anterior obsesión. Pensó (y el pensamiento era un pequeño cocuyo en una noche grande) que Lucía cumplía años, y que debía ir a la fiesta. Lucía... Lucía era igual a 1,59 - 85-54-86 - 22 - 473329... etc., etc....

Torpemente empezó a vestirse. Sacó la corbata preferida, y se acercó al espejo con la manifiesta intención de hacerse el nudo. Pero al mirar la pulida superficie de sílice transformado, lanzó un grito, un alarido, y sintió que la ebriedad desaparecía: allí en el espejo estaba su cara repetida... Y era un inmenso grano, rojo, feo, horripilante, monstruoso, rotundo como una bomba de hidrógeno. Rogelio, llorando histéricamente, agarró la segunda botella de ron cubano, frenéticamente. Presurosamente. Dementemente. Desesperadamente.

—Lucía, Rogelio no vino anoche, verdad?

—No, Martha, no vino. Quién sabe qué la pasaría... Aunque es raro que no hubiera llamado para avisarme que no venía. Con tal que no vaya a faltar el próximo sábado para mi cumpleaños... Hola, por qué no vamos esta tarde a nadar al club?... Hace un día muy bonito.

Era lunes. En los periódicos había una noticia: "En el día de ayer fue internado en el hospital, el Sr. Rogelio N. Se le encontró en su apartamento, en un fuerte grado de intoxicación, y con claras muestras de desvío mental murmurando incoherencias respecto a un cumpleaños y a unas cifras enigmáticas. En la nariz tenía un descomunal grano, sumamente irritado...".